INVIERNO DE 1964

Antonio Hernández Ingelmo

Las Navidades de aquel año estaban siendo bastante frías, había nevado varias veces. Aquella noche del mes de Enero no era diferente a las demás. Mi abuelo Bernardo y yo manteníamos una amena conversación en la cocina

— Abuelo, si quieres voy a la tenada a buscar unos “rachos”

— No hijo espera un rato, mientras nos fumamos otro cigarro, después ve y los traes para que podamos estar más tiempo en la cocina calentitos.

La conversación entre abuelo y nieto era diferente cada noche.

Una vez que los tizones de encina se fueron consumiendo, me levanté, abrí la puerta de la casa para salir a la tenada y recoger un poco de leña delgada y así atizar la lumbre, puesto que era más rápido.

— ¡Abuelo está cayendo agua-nieve!

— Si, eso es la nieve ratonera que se mete por todos los agujeros —dice él — Bueno, tu coge un “brazao” de leña y colócalo aquí en la lumbre.

La conversación seguía, sin darnos cuenta de que eran las doce de la noche.

— ¡Abuelo, ahora al salir a la tenada he oído unos aullidos como si fueran perros!

— No, hijo esos son los lobos que se oyen desde la cocina. Estarán en la parte baja del Monreal o bien en la Granja, o seguramente en el cordel, siempre hay por ahí ganado que atacar, ya sabes que el cordel que pasa por Casafranca, viene junto a la Calzada de la Plata, puesto que el Sistema Central hace una depresión que ya aprovecharon los romanos para pasar sus tropas de sur a norte de la Península Ibérica; porque los de la Calamorra no se oyen aquí

— ¡Jo.., abuelo es impresionante el aullido que hacen! Es continuo el ¡huuuuu!… y durante mucho rato.

— No te preocupes hijo, ellos se comunican con la manada. También son animales muy listos que tienen que sacar adelante sus cachorros.

— Abuelo, ¿y nuestras ovejas que?.

— No te preocupes hijo, las nuestras están encerradas en el carretero del barrio el Caño y además tienen buena cama de “hojato” que traje el otro día del Monreal. Mañana por la mañana las sacaremos para que vayan a la dehesa. Seguramente esta noche habrá nacido algún corderito porque había dos "primalas" que estaban a punto de parir.

— ¿Abuelo, y la Macarena y la Airosa están dentro del casillo del Toro o están en el "prao" de los maderos?

— No, hijo, están en el casillo del Toro. Esta tarde le he echado una buena postura a cada una y así están más calientes dentro. Además ten en cuenta que la Airosa tiene una ternera preciosa, es tan cana que parece blanca.

— ¿Abuelo, puedo ir contigo mañana cuando ordeñes a la Airosa?.

— Si, hijo, puedes ir conmigo, tu llevas la linterna puesto que se hace de noche enseguida y así me alumbras mientras yo la ordeño. Pero ya sabes que tienes que estar muy quieto porque la Airosa es muy recia y es capaz de envestir.

— ¿Abuelo, y tu cómo haces para conseguir ordeñarla sin que te haga nada?.

— Bueno, hijo ya sabes que mientras esté la ternera mamando , ella está muy quietita, me mira, resopla un poco, pero se aguanta. También tienes que saber que me conoce muy bien, de echarle todos los días la postura.

— ¿ Abuelo, me han dicho que tu cuidas muy bien las vacas y todos los animales que tienes?.

— Si hijo a los animales mientras estén con nosotros hay que atenderlos muy bien, mira yo en la postura siempre le echo media lata más, de algarrobas molidas. Ya sabes que las algarrobas que tu y yo cogemos en Santillán cuando vienes en las vacaciones de verano, son el mejor pienso que hay para las vacas. También le hecho unos buenos “brazaos” de heno. El casillo del toro está bastante lleno de heno, todo el doble. Este heno que recogemos en el verano es oro molido para las vacas. Les gusta mucho. Ya sabes hijo el trabajo que nos cuesta traerlo del "prao" Vallimimbrero y de Pedrofeo. Primero hay que empezar por segar con la guadaña. “enclavuñar" muy bien la misma para que corte.

— Abuelo, yo te he visto sentado en el suelo con las piernas colocadas en forma de V y en el medio incas un pincho en el suelo.

— Si, hijo eso es un pequeño yunque que tiene dos bases en forma de escalera. Aquí se va colocando el filo de la guadaña y se golpea con un martillo de cabeza ancha y con poco peso. Los golpes han de ser flojos y uniformes, para que el filo se consiga igualarlo en toda la zona de corte de la guadaña. Hijo hay que tener mucho pulso para no estropear el filo, porque si no lo haces bien no se consigue segar ni un saco de heno en una mañana aún con la marea. Luego, hay que acarrearlo con el carro, muy bien engrasado con una pluma de cuervo ,y aquí entran de nuevo el trabajo que desarrollan la Macarena y la Airosa. Previa colocación de una plataforma de madera colocadas delante y detrás del carro y

unas estacas muy abiertas en los laterales se consigue cargar el heno dándole una forma rectangular, muy alto y largo que a las vacas solamente se le ve una parte de los cuernos, dejando un espacio para que puedan ver.

— Abuelo, ya se que yo me subo arriba y tu me lo das con una horca de mango muy largo para que puedas alcanzar hasta donde yo estoy y a la vez me dices: "coloca un poco más de heno aquí o allá" para que yo pueda conseguir una figura perfecta y derecha. Una vez que lo consigo con tus indicaciones lo atamos con dos sogas muy largas y muy apretadas para que en el camino hasta el casillo del Toro no se nos vuelque. En este caso la Macarena y la Airosa vienen más tranquilas porque aunque el volumen es muy grande, no es tan pesado como los maderos del Monreal. Cuando llegamos al Casillo del Toro, haces una maniobra perfecta con las vacas y el carro para que entren reculando por las puertas carreteras, que algunas veces el volumen conseguido con el heno, entra por las puertas como si fuera un corcho introducido en una botella. Inmediatamente pones los mozos del carro delantero y trasero y sueltas las vacas que se disponen enseguida a comer heno fresco del propio carro hasta que se hartan. Después llega el trabajo tan duro de descargar ese carro con la horca y colocarlos en el doble del casillo el Toro. Abuelo .¡Que polvo se levanta con el heno!

— Si hijo, este es uno de los trabajos más duros del campo. Pero tu descansa cuando quieras y poco a poco entre los dos lo vamos descargando. Cuando terminamos nos sentamos a la sombra un poquito.

— Tu abuelo me decías: ¡A ver, quien aguanta más en esta posición!

— Hijo ahora sacamos unas buenas herradas de agua del pozo y nos lavamos para quitarnos este polvo.

— Vale, Abuelo.

— ¿Hijo, tu has visto a la Macarena y a la Airosa cuando vamos al Monreal a buscar la leña?.

— Si, abuelo. Recuerdo que el año pasado llenamos el carro de maderos de encina y de roble. Yo creo que llenamos el carro demasiado, los maderos eran muy gordos y además verdes, por tanto, el peso estaba asegurado. Recuerdo que el carro estaba parado en una hondonada, La Macarena y la Airosa pendientes de tus órdenes. Yo, ya sabes que no podía acercarme a la Airosa porque se ponía a cabecear y a bufar aún enganchada al yugo y bien sujeta con las coyundas. Tu ibas con tu aijada sin recatón, te acercabas por el lado de la Macarena que era más dócil y decías: “quieta Macarena bonita quieta….” . Cuando estabas en la parte delantera de las vacas ellas mismas se ponían en posición de prevengan, temblaban, la

mirada se le giraba a un lado y otro.; siempre pendientes de lo que tu dijeras. Una vez colocado delante de ellas, con tu aijada levantada decías: "Venga Macarena vamos ... y tu Airosa prepárate".A tu voz "¡ahhhhhh! ... ¡Bonitas!, ¡Como sois así de buenas! ... ¡Arriba bonitas!" tanto la Macarena como la Airosa pegaban el primer empellón, conseguían girar media vuelta de rueda, se quedaban paradas por el exceso de peso. Tu volvías a animarlas con "Venga, ¿dónde están esos cojones?... ¡venga bonitas!" Las dos moruchas se ponían de rodillas consiguiendo girar las ruedas una vuelta completa. Se volvían a parar, y a tu voz todavía más fuerte, los dos animales uniendo sus fuerzas y pegando el empellón las dos a la vez, consiguieron sacar el carro de aquella hondonada a una velocidad increíble. Cuando las dos moruchas y el carro estaban arriba, tú, las mandabas parar para que cogieran aire. Su respiración estaba muy acelerada.

— Mira hijo , a los animales hay que dejarlos descansar cuando hacen este gran esfuerzo. ¡Vaya pareja que tengo!

— Decías: "Ya os habéis merecido buena postura esta noche. Y tu, Airosa vamos a casa que tienes que amamantar a tu ternerita". Emprendimos la marcha hacia el pueblo. Durante la cuesta abajo la pareja tenía que ir sujetando el carro con gran esfuerzo, debido al gran peso que traían. Yo, cogía con las dos manos de la parte trasera, tirando fuertemente hacia atrás para compensar en lo que pudiera el gran peso que transportábamos. Tú, ibas delante con la aijada en posición horizontal colocada a la altura de los ojos de las vacas para que ellas la vieran y así sujetar el carro durante toda la bajada del Monreal. ¡Quietas bonitas! ... ¡Tranquilas que ya pronto se acaba la cuesta!. Las dos moruchas colocaban sus patas traseras y delanteras en posición muy adelantada, tirando de su voluminoso cuerpo hacia atrás. Los cascos de las patas se clavaban en la tierra, consiguiendo girar las ruedas del carro a cámara lenta. El hocico de los animales inclinado hacia adelante. La Macarena aunque era más voluminosa de cuerpo se resentía un poco más, porque su cabeza estaba formada por una cornamenta más delgada, aunque la posición de sus cuernos formaban casi un paréntesis que le permitía ser la campeona en la dehesa cuando se soltaba todo el ganado de los vecinos. El primer día de suelta, las peleas estaban aseguradas. Sin embargo la Airosa tenía una cornamenta que se llamaba "veletas", puesto que sus puntas apuntaban al cielo y la base de la cornamenta era mucho más gorda que la de la Macarena. Tu decías: "Esta tiene una buena cabeza para trabajar". Cuando llegábamos al pueblo, descargábamos los maderos en la tenada que se quedaban amontonados hasta que llegara un día de invierno bastante frío y tu hicieras los "rachos" para la lumbre. Llegaba el momento de soltar a la pareja del yugo. Tu soltabas primero a la Airosa y por último a la Macarena que se quedaba muy tranquila. Las dos moruchas

cuando estaban sueltas se relamían su cuerpo hasta donde alcanzaban con la lengua y dirigiéndose enseguida a comer su rica postura que le habías echado en el pesebre que era nada más que un tronco de roble o de álamo colocado horizontalmente con tres o cuatro cuencos hechos a mano en la propia madera del árbol ¡Abuelo. ..se está haciendo muy tarde! … ¿Qué pasa esta noche, no nos vamos a dormir?.

— No te preocupes hijo yo estando contigo, me estaría toda la noche hablando. Lo que me preocupa es que se acaben las vacaciones y te tengas que ir a Salamanca a estudiar. Bueno hijo, que lo más importante es estudiar para que trabajes en un sitio con techado y así no tener que mirar al cielo como nosotros los labradores, a ver si llueve o "chucea".

La noche era cada vez más oscura debido a que estaba empezando a nevar más intensamente.

— Abuelo. ¿Cuando yo no estoy contigo, cómo aguantas tanto tiempo viviendo tu solo?.

— Mira hijo llevo viviendo yo solo 40 años y me apaño muy bien. Ya sabes que trabajo lo que puedo para atender a los animales y cultivar las pocas tierras que tengo. Procuro sembrarlas de todo un poco, un huerto en la cortina "el Cristo" que me da tomates y otras hortalizas, también los dos manzanos "rainetos" que cuidando este fruto tengo para todo el año y no veas lo ricas que están. Las patatas en Santillán, porque ahí las riego cuando me toca aunque sea de noche. El trigo, centeno y las algarrobas en una tierra también de Santillán que es de secano. Ya sabes hijo, que han empezado a sembrar fresas por esta zona. Si, y además sé, que son muy ricas.

— Abuelo a mi me saben casi como los caramelos de fresa. El sabor es extraordinario.

— Pero hijo yo no puedo sembrarlas porque estoy solo y como maduran todas a la vez no me da tiempo a cogerlas.

— Abuelo. ¿Tu no has salido nunca de Casafranca?

— Si, hijo estuve en el servicio militar y me tocó en Ceuta. Allí vi por primera vez el mar, cuando llegamos a Málaga intenté meterme en el mar, pero me daba mucho miedo. Me fui al barco enseguida. También cuando me casé, me tocaba ir a trabajar en el verano a la comarca de la Armuña (La Vellés) donde estaba de mozo mayor todo el verano. Trabajaba muchísimo y dormía poco. Me tumbaba encima de la pértiga del carro y en cuanto me movía un poco me caía y eso era todo el sueño. El sueldo que cobraba, lo gastaba todo, cuando llegaba a Casafranca en

medicinas para tu abuela que había caído enferma y enseguida murió, teniendo tu padre siete años. Pero mira estoy aquí ahora con una buena salud. Peor lo tuvo mi hermano Antonio que tuvo que emigrar a Argentina.

— A, si, ¡tu hermano! del cual recibías cartas de Buenos Aires y el periódico que yo he visto tantas veces.

— Si hijo, me acuerdo mucho de mi hermano. El pobre, la primera vez se fue a La Coruña y como le faltaba algún documento, tuvo que regresar a Casafranca andando. Cuando llegó aquí tuve que cuidar de él durante un mes pues no podía andar. La segunda vez que se marchó fue con su mujer, un niño recién nacido, una manta y un poco dinero que le habían prestado. En ese viaje ya embarcó para Argentina. El pobre no ha vuelto. Pero si, envió el dinero que le prestaron al año y medio de marcharse. Sus hijos han estado un tiempo mandándome el periódico pero ya hace bastante tiempo que no me lo mandan.

Serían las 2 de la madrugada, la lumbre estaba agotada

— Abuelo como sigamos con la tertulia voy a tener que ir a la tenada a buscar mas "rachos".

— Mira hijo si quieres nos vamos a la cama y si tienes frío te caliento el rollo. En este tiempo las sábanas están como húmedas.

—No, abuelo yo creo que no hace falta.

La noche transcurrió con un silencio sepulcral. Solamente rechinaba alguna madera del doble del "sobrao" y el ruido que hacían los gatos cuando corrían detrás de algún ratón. Yo dormí hasta que se hizo de día, sentí a mi abuelo ya levantado y el resplandor de la lumbre se veía desde mi cama.

— Abuelo, si quieres me levanto.

— No hijo, aguanta en la cama hasta que se hagan las brasas y se vaya el humo de la cocina. Y así me da tiempo a prepararte un desayuno estupendo a base de la leche de la Dolores, con unas buenas rebanadas de pan. Ya sabes hijo, esta cabra es tan mansita que todos los días tengo que llevarle unos trozos de pan duro y dárselos en la mano antes de ordeñarla. Además, tengo que cuidarla mucho para que me de los cabritos para el Corpus. Ya tengo arreglada la sartén con patas para guisarlos como a ti te gusta.

— Vale abuelo, me voy a levantar y así te ayudo a "apajar" las vacas o a sacar la cabra al monte que enseguida pasará el cabrero.

— Bueno hijo, haz lo que quieras.

La mañana amaneció con una buena capa de nieve, los pájaros pequeños buscaban semillas entre las piedras de las paredes de pizarra que era lo único que estaba sin nieve. El nido del ruiseñor que anidaba todas las primaveras en el techo del portal de la casa permanecía vacío. Construía su nido con diversos materiales de pajas, plumas, y restos de lana; lo sujetaba en el techo junto a un cuartón y a las escobas que formaban la techumbre del portal .El canto de este precioso pájaro en primavera era uno de los mas bellos que existen.

Las mañanas de la primavera eran siempre alegres.

Una vez que desayunamos empezamos de nuevo la conversación junto a la lumbre que estaba bastante viva en aquel momento.

— Mira hijo, no me acordé anoche de decirte unos refranes relacionados con el agricultor.

— Dime, Abuelo soy todo oídos.

— Mira, escucha:. "*Año seco y de aires cierzos pon los dientes a los "briendos". "Si en San Marcos le ves al trigo las calzas colorás, los labradores albarcas porque para zapatos no hay". "El buen yerno que haga los "cambizos" en invierno"* — Significa que el tiempo vale más en verano que en invierno— "*Arco por Ledesma suelta los bueyes y vete a la taberna*". — Eso es que va ha llover— "*Cuando por las tardes veas los mosquitos a bandadas, buen tiempo anda"."Al triste preciso afán de trabajar, condenado el hombre fue desde Adán, desde entonces no hay pan bien ganado sin el sudor". "Al mover el triste pie, es tan incierta mi huella, salgo de casa y no se si volveré a entrar en ella". "El buen garbanzal por San Marcos, ni nacido ni por sembrar". "Caiga pronto o caiga tarde la semana de pasión, para sembrar los garbanzos es la mejor ocasión".*

— Abuelo, ¿Tu has nacido en Casafranca?

— Si, hijo yo he nacido aquí. Éramos cinco hermanos, todos nos criamos aquí en este cuarto que está aquí al lado.

— ¡Pero Abuelo si este cuarto es muy pequeño, tiene el piso de tierra, sólo tiene un ventanuco allí arriba y hay mucha humedad!.

— Pues si hijo, aquí nos criamos. De comer no nos faltaba. A base de patatas y tocino pasamos nuestra niñez y nuestra juventud.

— Entonces abuelo, ¿Tu has vivido siempre en Casafranca?

— Si hijo. Aquí cuando éramos jóvenes hacíamos obras de teatro en cualquier sitio y la diversión estaba asegurada. A mi me gustaba actuar y recitar poesías del poeta José María Gabriel y Galán. Estas obras de teatro siempre estaban

acompañadas con la música de la flauta, el tamboril y las castañuelas. Por cierto hijo mira estas que tengo aquí, están un poco astilladas pero mira como suenan todavía ...Entonces, en Casafranca había mucha gente, se oía cantar por cualquier sitio que fueras. A los gañanes que estaban arando. En la era cuando se trillaba y en el monte cuando las cortas. Además hijo, Casafranca fue el primer pueblo de los alrededores que tuvo agua corriente. Yo siempre fui de Ayuntamiento, porque me gustaba hacer cosas para el pueblo. Trajimos el agua de la fuente del Chorlito y todo se hizo a prestación personal, incluidas las zanjas, y eso hijo, no lo hacían en ningún pueblo. La luz también la conseguimos antes que nadie. Dejamos de ir al trasformador de la carretera para dar las luces de las calles.

— ¿Abuelo, todavía no has hecho la matanza?

— No hijo, la tengo preparada para la semana que viene. El cerdo negro que tengo en la pocilga ya está, yo creo que demasiado gordo. Ha estado hasta hace unos días comiendo bellotas en el Monreal y en el monte abajo en plena libertad y ha engordado que no veas...

— ¿Abuelo, como te vas a apañar para hacer la matanza tu sólo.?.

— Pero hijo no te preocupes ya tengo avisada a la gente para que venga ha echar una mano.

— ¡ Pero como !

— Si, hijo vienen ha ayudarme como casi todos los años, Delfín, mis sobrinas Adoración y María Manuela, Zacarias, Bienvenido, Eloy, Ubaldo y los mismos vecinos Juan Adrián y Flora . Hijo, no te das cuenta que en Casafranca nos ayudamos unos a otros de esta manera. A mi cuando me avisan acudo a casa de los demás si me necesitan. ¡Ese día es casi una fiesta!. Trabajamos mucho para hacer las labores de la matanza: Afilar los cuchillos, despiezar el animal, picar la carne, salar los jamones, meter en tripa la carne para que se cure en la chimenea... También es un día en el que se pasa mucho frío, y lo importante es que no llueva, porque entonces es perjudicial para las *chacinas* y no se curan bien. ¡Pero cuando llega la noche! ... Se forma una tertulia alrededor de la lumbre, probando las partes mas exquisitas del cerdo. La tertulia se puede alargar hasta la madrugada, pero todos los que la forman, se van muy satisfechos para sus casas, después de haber pasado un día de matanza ... ¡Hijo, no me dejas hacer nada y yo estando contigo tampoco me levanto del tajo y tu del escabel!. Tengo que ir a "apajar" las vacas y a ordeñar a la Airosa que estará hasta arriba porque la ternerita es muy pequeña y ahora mama poco. Yo creo que todavía le puedo sacar algún calostro que te gustan tanto.

— Si, Abuelo me voy contigo y así me enseñas cosas.

— Si hijo, vamos. También con tanta leche que tengo ahora de vaca y de cabra, tengo que hacer queso.

— Si. Abuelo, ya sabes que el queso que tu haces me gusta mucho.

La mañana permanecía un poco nublosa, quizá cayera más nieve por la tarde. Los días invernales transcurrían muy lentamente, porque las labores del campo se dejaban para otro día. Pero estos días me permitían estar mucho tiempo con mi abuelo a la lumbre.

— ¿Abuelo, cuando estas solo no lees algo?

— Hijo, ya sabes que el periódico de Buenos Aires me llegaba cada dos meses, entonces tenía algo que leer, pero como hace mucho tiempo que no me lo mandan me tengo que aguantar. Solamente me queda la revista de "El pan de los pobres" a la que estoy suscrito. Con esta revista me entretengo muchos ratos en invierno, ya que en el verano no me da tiempo.

— Abuelo, y esas lentes redondas y con las patillas muy finas de metal, que te pareces al escritor Don Pío Baroja. ¿Donde las has comprado?.

— No te he contado, hijo, que las compré en Ceuta cuando estuve cumpliendo el servicio militar. Pues mira son extraordinarias y cuando se desajustan un poco las llevo a Béjar para que me las arreglen, aprovechando la feria, cuando voy a vender la cría de la Yegua. Son mis pies y mis manos y me hacen un servicio excelente.

— Abuelo ¿Y Que tal te apañas para montarte en la yegua?.

— Pues mira hijo, la arrimo a unas "*poyatas*" que tengo puestas en la pared del casillo del Toro y desde aquí me monto divinamente. Ella se está quieta, a pesar de que ya sabes que tiene bastante sangre y hay que sujetarla cuando se espanta de algunas cosas. Pero voy a los sitios muy descansado, y además los potrillos que me da todos los años los vendo y saco unas perritas.

—Si, abuelo me acuerdo cuando me montabas en la yegua delante de ti, me sujetabas con la mano izquierda y con la derecha agarrabas las "brídes" de la cabezada. Cuando llegábamos a la cuesta de Santillán , me decías, ¡Sujétate hijo, que vamos a poner a la yegua al cuatro!. Y a tu voz, la yegua corría a gran velocidad por la cuesta hasta que tu la mandabas parar. Yo disfrutaba un montón.

— Antes tenía un borrico "cinco reales" que andaba a una velocidad espantosa. Se recorría el camino que une Berrocal de Salvatierra con Casafranca en muy poco tiempo.

Después de haber pasado la mañana sin parar de hacer cosas con mi abuelo. Le dije: Abuelo, ¿podemos ir pronto a comer porque este frío te deja heladas las manos y casi el resto del cuerpo?.

— No te preocupes hijo ahora vamos a casa, atizamos bien la lumbre y como ya tengo un puchero con patatas que se están cociendo, te preparo unos buenos torreznos de tocino y así entramos en calor.

Mi abuelo que tenía una enorme experiencia con el manejo de los pucheros en la lumbre, rápidamente preparó las patatas, componiéndolas con pimentón y la grasa de los torreznos y así le dio vueltas con energía hasta que estas quedaron totalmente hechas puré. Eran las "patatas meneás", que con tanto agrado se comen en la actualidad. Llenamos la botella de vino del pellejo de cabra curtido que tenia encima de una mesa, al que había que dar media vuelta cada dos o tres días, para que no se secara la pez que tenía dentro. Ese vino venía de San Esteban de la Sierra, transportado por Cipriano en una mula cargada hasta una gran altura. Cipriano siempre venía andando y tirando del ramal de la mula. La botella permanecía en la "*tisnera*" de la lumbre hasta que se terminaba, invitando a un trago a todos los visitantes. Después de los torreznos, tomamos un café hecho en un puchero de barro.

— Abuelo, Esta tarde voy a salir un rato con mis amigos de Casafranca.

— Si, hijo ve a divertirte un rato con ellos que aquí hay muy buena gente.

Así estuvimos un buen rato de tertulia después de comer.

— Hijo, para pasado mañana tengo que hacer el pan; ya sabes que lo hago en el horno del corral.

— ¿Abuelo y ese horno lo has hecho tu.?

— Si hijo, por dentro le puse ladrillos de barro cocido y por fuera lo forré de piedras de pizarra. Ya sabes hijo que el pan me dura 15 días. Los últimos días está un poco más duro pero siempre está rico. Lo conservo metido en una artesa de madera tapado con un lienzo.

Cuando me dispuse a salir de casa por la puerta de arriba de la calle Puente, mi abuelo me advirtió: "Has de regresar al toque de oración que ya sabes que es a las 10 de la noche, y además te traes para acá a Dolores que algunas veces se queda rezagada en el barrio de la Iglesia" — "Si. Abuelo, no te preocupes, así lo haré".

Poco tiempo tardé en llegar al Barrio de la iglesia donde solían andar mis amigos de Casafranca: José Luis, Pepito, Manolo, Pepe, Román, Peña, Sebastián. Angelito, Vicente, Antonio, Antonio, Paco, y algunos más que no me acuerdo de su

nombre (os pido perdón por ello). Los juegos consistían en el escondite, peonza, guardias y ladrones etc. Nos divertíamos muchísimo. Las diez de la noche se llegaron sin darme cuenta. Las campanas de la iglesia sonaron y enseguida suspendí los juegos para buscar a la Dolores y llevarla para el casillo. No la encontraba pero cuando fui a la puerta del casillo, ya estaba ella esperando, abrí la puerta y ella entró inmediatamente. Avisé a mi abuelo para que la ordeñara y él apareció al momento con el puchero de barro y el trozo de pan duro para dárselo a la Dolores antes de ordeñarla.

Esta operación duró como un cuarto de hora, mi abuelo cerró la puerta del casillo con la llave que era de buen tamaño y la escondió en un agujero de la pared de pizarra que estaba junto a la puerta, disimulándola con una piedra que tenía la misma forma que el agujero de la pared. Ambos nos dispusimos a entrar en casa para preparar la cena que consistía en una cazuela de barro con leche y pan . Estaba la leche de la cabra estupenda. De nuevo comenzamos la tertulia, pero esta noche era muy especial ya que a la mañana siguiente debía emprender la marcha a Salamanca. Mis vacaciones de Navidad habían terminado. Los consejos de mi abuelo eran perfectos y siempre llenos de razón y con la experiencia que los caracterizaba: "Mira hijo esta noche debemos irnos a la cama más temprano, puesto que el coche de línea pasa por la carretera a las nueve".

A la mañana siguiente, cuando me levanté ya tenía mi abuelo la lumbre encendida para que no pasara frío en las primeras horas de la mañana. Cuando abrí la puerta observé que la nieve permanecía todavía en los sitios sombríos que daban al norte. El hielo que había caído esa noche era considerable. — "Abuelo, ¡mira como está el corral!" — "Si hijo que "recencellá" ha caído esta noche".

Una vez que tomamos café y un huevo frito para desayunar, mi abuelo me acompaño hasta la parada del coche de línea. Mi abuelo esa mañana estaba muy callado. Yo lo observaba con su chaqueta y pantalón de pana, un poco descoloridos por el sol y el viento, llevaba un remiendo de la misma tela en la rodilla derecha del pantalón, seguramente echado por Rosalía. Unas albarcas hechas artesanalmente. La boina, vasca pero sin vuelo, también estaba descolorida por el sol y el viento. Sin embargo como él me decía siempre: "La camisa ha de ser blanca y siempre muy limpia aunque se vaya a arar. Tu ves a un gañan con la camisa blanca y limpia y parece que hace los surcos más derechos".

A los cinco minutos apareció el coche de línea de la empresa Iñigo. Yo me dispuse a subir casi sin despedirme de mi abuelo, porque la sensación de nostalgia me invadía todo el cuerpo. Mi abuelo me ayudó a acomodar el poco equipaje que llevaba y tampoco me miraba mucho a la cara como los días anteriores. A él

también le pasaba algo: "Adiós hijo, hasta que vuelvas para la Semana de Pasión. Estudia mucho".

Una vez en el autobús mi mirada se volvía hacia atrás y veía a mi abuelo de pié, inmóvil, en el mismo lugar en el que yo lo había dejado, levantando un poco la mano para que yo lo viera. El coche de línea paso la Fuente Abajo y perdí de vista a mi abuelo. El coche giró a la derecha y pasamos la casa de Cesáreo para acercarnos enseguida a la Fuente Herrera. Siguió la cuesta de la Granja renqueante, cambiando las velocidades continuamente hasta llegar a Endrinal ... Y yo seguía con mi pensamiento en Casafranca ... y en mi abuelo.

Antonio Hernández Ingelmo.